

estas de adobe, con objeto de dar, á despecto de los diócesis, más devotos y mejores á las hambrunas. Una inscripción colocada en la parte interior del altar, hacia el mismo retablo del altar representado orando, debía expresar el mérito de su detención. Los estatutos de la corporación de pintores de Siena, en 1337, contienen de esta manera á los artistas: «Los pintores, por la gracia de Dios, han sido á manera de los árboles que crecen que no saben...

estas de adobe, con objeto de dar, á despecto de los diócesis, más devotos y mejores á las hambrunas. Una inscripción colocada en la parte interior del altar, hacia el mismo retablo del altar representado orando, debía expresar el mérito de su detención. Los estatutos de la corporación de pintores de Siena, en 1337, contienen de esta manera á los artistas: «Los pintores, por la gracia de Dios, han sido á manera de los árboles que crecen que no saben...

con sus reinos. Carlos VIII con Constantino, hijo del marqués de Villena y de Escalona, concurriendo á pesar de todo, relaciones con las de España, en primer término. Habiendo pasado ya tiempo por morir con el mayor secreto. Temiendo...

temiendo sus fuerzas le envistieran en una batalla campal, cuando se le presentó en la batalla de la presa de los Hornos, y acaeció sus días de una manera gloriosa (1493).

LIBRO NOVENO.

DESCUBRIMIENTOS

SUMARIO.

España y Portugal.—Colon.—Méjico.—El Perú.—Las Antillas.—Los filibusteros.

CAPITULO I.

España y Portugal.

Mientras que el Islam triunfaba en el Oriente de Europa, sucumbía en el Occidente. Las victorias del Cid, de San Fernando, de Santiago, y el brillante triunfo alcanzado en la llanura de las Navas de Tolosa, habian preludado la expulsión total de los moros de España. No obstante, se prolongó la lucha en aquel palenque entre los bárbaros del Norte detenidos por el Océano, y los bárbaros del Mediodía que por el Océano habian sido allí conducidos. Cuando éstos no tuvieron ya que defender la península toda, sino sólo algunas provincias y un escaso número de ciudades, reconcentradas sus fuerzas hubo mayor dificultad en destruirlas. En vez de hallarse mezclados con los cristianos y en un estado continuo de desconfianza, les obligaron á abjurar de su fé ó á apelar á la fuga. Por su parte los españoles no toleraron tampoco á los mahometanos, quienes por consiguiente pululaban en las provincias que aún pertenecian á sus hermanos.

Semejantes á Anteo, sacaban fuerzas los musulmanes de la Libia, cuyos príncipes poderosos les hacian pasar socorros y siempre con utilidad suma. Es verdad que estos auxiliares llegaban á ser funestos á veces para los dominadores que les habian llamado y á quienes acababan por arrebatar sus posesiones. Pero el poder que reemplazaba al antiguo tenia todo el vigor de la novedad, á la par que, por el contrario, los españoles, á medida que adquirian la

posesión tranquila de sus provincias, deponian el decaído de que habian hecho alarde en los momentos de peligro, cuidándose poco de que los musulmanes prosperaran en otras provincias distantes, ó que países con los cuales no sabian unirse en una fraternidad nacional, fueran amenazados por sus armas. Alargóse pues, la lucha, pero ahora vamos á ver á los diferentes principados cristianos, nacidos de la desmembración de la monarquía mora, formar cuerpo y borrar la ignominia de la servidumbre extranjera.

Olvidada Navarra en medio de sus montañas y casi ajena á la causa nacional de España, habia sido llevada por Juana I á los reyes de Francia, quienes la poseyeron hasta el instante en que Juana II alegó sus derechos á la corona, é hizo proclamar rey á Felipe, conde de Evreux, su esposo (1328), otorgando bajo juramento á las Cortes diferentes privilegios, como el de no acuñar moneda nueva más que una vez cada reinado, no vender ni empeñar los dominios; no confiar más que á indigenas el mando de las fortalezas y ceder el gobierno á su hijo mayor tan luego como hubiera cumplido veinte años.

Felipe peleó denodadamente contra los ingleses en Francia (1349-1386), y mereció ser sobrenombrado el Bueno, pero en su hijo Carlos II, llamado el Malo, se halló la perversidad unida, como para ser más funesta, á los dones del talento y á las ventajas corporales. Despues de haber oprimido á sus súbditos y de suscitar turbulencias en Francia, debilitado este príncipe por sus excesos, habia mandado que para

reanimar sus fuerzas le envolvieran en una sábana empapada en aguardiente, cuando por casualidad se la prendió fuego y acabó sus días de una manera horrorosa (1425).

Cárlos III, el Noble, dejó respirar el reino durante una larga paz; y la línea masculina de la casa de Evreux acabó con él, por lo cual pasó la corona con Blanca, su hija, á Juan de Aragon, hijo de Fernando I. A la muerte de Blanca, habiéndose negado, segun la constitucion lo prescribia, Juan II á ceder el reino á su hijo Cárlos, resultó de aquí entre el padre y el hijo una guerra seguida con varia fortuna. Posteriormente se sucedieron príncipes débiles hasta el momento en que Fernando el Católico ocupó la parte de Navarra situada al Sur de los Pirineos; quedó la otra á la familia soberana antigua, y Juana de Albres se la llevó en dote á Antonio de Borbon, padre de Enrique IV, quien reunió este país á la Francia (1589).

A la sazón florecia Portugal bajo don Dionís, sobrenombrado el Padre de la patria (1279). Tan generoso y liberal como prudente y activo, amó el saber, compuso versos y fundó la universidad de Lisboa, que fué posteriormente trasladada á Coimbra. Pulióse la lengua portuguesa y se escribió desde entonces en este idioma. La navegacion, que debia hacer en breve más extensa la dominacion de los portugueses que la de ningun otro pueblo, empezó á tener desarrollo. Cuando la Santa Sede suprimió los templarios, Dionís queria mantenerlos en sus estados, en consideracion á sus servicios contra los moros; mas como se opusiera á ello Juan XXII, los hizo ingresar con sus bienes en la órden de Cristo, sujetándolos á los estatutos de la de Calatrava.

Alfonso IV, hijo de Dionís, habia perturbado con la guerra civil los últimos momentos de su padre, por celos de su hermano natural Alfonso Sancho, á quien hizo condenar arbitrariamente tan luego como ascendió al trono; pero este príncipe defendió á mano armada su persona y sus posesiones. En otro lugar hablaremos de las guerras de Alfonso con Castilla y con los moros, guerras que le valieron el sobrenombre de Osado, Pedro, su hijo, se habia desposado con Blanca de Castilla; pero habiendo anulado las Cortes el matrimonio á causa de defecto corporal del infante, resultaron de aquí enemistades

con este reino. Casóse Pedro con Constanza, hija del marqués de Villena y de Escalona, conservando, á pesar de todo, relaciones con Inés de Castro, su prima. Habiendo quedado viudo, la tomó por mujer con el mayor secreto. Temeroso Alfonso de que desheredase á los hijos de Constanza, le preguntó si se habia casado con Inés. Al oír su respuesta negativa quiso obligarle á contraer otro matrimonio; negóse á ello; y su padre, á instigacion de sus ministros, les permitió dar muerte á la que tenía por dama de su hijo.

Traspasado Pedro de dolor, se rebeló como Alfonso se habia rebelado contra su padre (137); y aunque al celebrarse la paz prometió perdonar á los que habian aconsejado aquel asesinato, apenas ascendió al trono mandó que les arrancaran el corazon en su presencia y que se tributaran al desenterrado cadáver de Inés honores reales; de aquí el sobrenombre de Cruel que mereció, no sólo á causa de las victimas inmoladas á su implacable amor, sino tambien del rigor con que trató á los eclesiásticos y á los nobles, al paso que se hacia amar del pueblo aliviándole de impuestos y manteniendo la justicia.

Fernando, su hijo, á quien habia dejado pacificado el reino y provisto el erario, no tardó en disipar los caudales y en declarar la guerra á Castilla. Este reino habia sido trastornado (1367-1383) durante la minoría de Fernando IV, por las rivalidades de las familias de Haro, de la Cerda, de Lara, así como por las pretensiones de muchos príncipes á la corona. Dionís de Portugal, el rey de Aragon y el de Granada invadieron el país, presa de la anarquía. Y la regencia de la prudente doña Maria de Molina, como el reinado de Fernando, fueron perturbados por la violencia y la perfidia. Fernando IV peleó con fortuna contra los musulmanes, murió el mismo día que le anunciaron los hermanos Carvajales, despeñados arbitrariamente desde la peña de Martos, lo cual le dio el sobrenombre de *Emplazado*.

Reanimáronse las ambiciones y la rivalidades durante la minoría de Alfonso XI, quien siguió sosteniendo la prudencia de su abuela. Apenas tuvo el poder en sus manos, lo ejerció con tanta dulzura respecto de sus súbditos como de severidad para con las bandas que se

habian formado durante las antiguas facciones (1312). Reprimió las nuevas por medio del rigor y de los suplicios. Feliz en sus guerras contra los moros, acababa de poner asedio delante de Gibraltar, cuando murió de epidemia.

Con el judío, á quien tuvo por ministro de la ciudad, empezó el favor que los reyes de Castilla dispensaron á los hombres de esta nacion en las cosas concernientes á la administracion y á la costumbre que adoptaron de oponérselos á los grandes. Alfonso estableció la *alcabala* ó contribucion de un diezmo sobre todas las ventas, á fin de subvenir á los gastos de la guerra contra los moros, y con este objeto llamó á los mercaderes á las Cortes. Eduardo III de Inglaterra le envió de regalo un rebaño de corderos, de donde proceden los merinos que constituyen una de las riquezas de España.

Alfonso completó y puso en ejecucion el código de las *Siete Partidas*, empezado un siglo antes por Fernando. Se cree que fué redactado por el genovés Gerónimo Pagan. Este cuerpo de derecho contribuyó probablemente á la formacion de la lengua que quedó fijada y muestra elegancia, pureza en la expresion, aptitud paró manifestar pensamientos elevados, cuando los otros idiomas no hacian más que deletrear todavía. No contiene sólo el texto desnudo de la ley, sino tambien los motivos que la han producido, así como los consejos, las opiniones, las aclaraciones, las citas de los padres, de los filósofos, de los poetas, lo cual le dá el carácter de un tratado de moral. Allí, se dice: «El rey no debe deserr en su corazon los honores supérfluos y sin provecho alguno, porque lo excesivo no puede ser de duracion larga, y porque los honores que menguan y se desvanecen, redundan en deshonor para el que los posee... Con este motivo han dicho los sábios que no hay ménos virtud en conservar lo que se posee que en adquirir lo que no se tiene, porque la conservacion proviene de un buen juicio y la ganancia de la fortuna... Tampoco debe deear el rey grandes riquezas para tenerlas sepultadas y no hacer de ellas buen uso; porque naturalmente es imposible que el que las codicia con este objeto no cometa graves errores para proporcionárselas. De comun acuerdo dicen los santos y los sábios que la codicia

es la madre y la raiz de todos los males; á mayor abundamiento han dicho que el hombre que apetece acumular tesoros sin darlos un buen empleo, no es soberano, sino esclavo. Los reyes deben guardarse mucho del mal humor, de la cólera, del ódio, que son cosas contrarias á las buenas costumbres. Ahora bien, para defenderse ellos mismos contra los arrebatos de su alma, es necesario que sean pacientes, de manera que no se dejen vencer por la passion, ni arrastrar á actos contrarios á la justicia. Por eso los sábios han dicho que la furia ofusca el corazon del hombre hasta el punto de no permitirle discernir la verdad. La cólera del rey es más potente y más dañosa que la de cualquier otro hombre, en atencion á que se halla en aptitud de satisfacerla al punto. Por consiguiente debe estar mejor preparado para saberla reprimir tan luego como le asalta porque como dice el sábio Salomon, la cólera del rey es como la rabia del leon, cuyo rugido hace temblar á todos los animales, que no saben donde esconderse, así como los hombres durante la cólera del rey temen por su vida.»

Alfonso habia tenido por dama á doña Leonor de Guzman, quien lo dominó hasta la muerte, y de la cual tuvo diez hijos. No bien le sucedió Pedro, denominado tambien el Cruel, mandó que la dieran muerte (1350). Enrique de Trastamara, uno de sus hijos, huyó á Aragon con gran trabajo, reunió allí á los descontentos y á los desterrados, cuyo número aumentaba cotidianamente la conducta de don Pedro. Maria de Padilla, su dama, le puso en mal con su madre, le indujo á repudiar á Blanca de Borbon, despues de tres días de matrimonio, y le impulsó á librarse de ella á los siete años de encierro. En breve abandonó tambien á su nueva esposa Juana Fernandez de Castro, para volver á Maria de Padilla. Sus desmanes suscitaron levantamientos, que servian de pretextos á nuevos desmanes; y en su rigor feroz no respetaba ni á su madre, ni á los hijos de su padre; aquellos sobre quienes pudo poner la mano, fueron inmolados y llegó hasta el punto de mandar servir un banquete en el salon que todavía humeaba con su sangre. Habiendo llegado á pedirle la paz Abau-Said, su competidor al trono de Granada, le hizo dar muerte á pesar del salvo conducto que le habia entre-

gado, en union de treinta y cinco personas de su comitiva, para apoderarse de su oro.

Un tercer Pedro, no ménos malo que los otros dos que reinaban entonces en Portugal y en Castilla, y más perverso y pérfido que ellos, ocupaba el trono de Aragon. Declaró la guerra á Pedro el Cruel para vengar el hermano que le habia muerto, y entonces el rey de Castilla degolló á su cuñada y á los hijos de Enrique de Tastamara, que mandaba el ejército enemigo.

Enrique de Tastamara se lanzó con más ardor á la venganza, ayudado como estaba por los reyes de Francia, de Aragon y de Navarra, y segundado por el intrépido Beltran Duguesclin. Este capitán valeroso, viendo á la Francia desolada por las grandes compañías de aventureros que hacian la guerra por su cuenta durante la suspension de hostilidades entre las potencias rivales, se dirigió á sus cuarteles ofreciéndoles una suma de 200,000 florines, con promesa de otra cantidad semejante, si querian acompañarle á una expedicion contra los moros, y de paso contra otra potencia. Aceptaron su oferta, y muchos jóvenes nobles, deseosos de probar su valor á las órdenes de tal jefe, se incorporaron á su tropa. Al cruzar por el territorio de Aviñon, envió á pedir al papa perdon de sus pecados y 200,000 florines; se le concedió la primera demanda, y se difirió algun tiempo la segunda; pero al cabo el pontífice tuvo que someterse á ella.

Tan luego como entraron en Castilla proclamaron allí á Enrique (1365), y acosaron vivamente á don Pedro, quien obligado á salir de su reino, se refugió primeramente en Córdoba, despues en Sevilla, y por último en Portugal donde halló un asilo junto al obispo de Santiago. En recompensa de este servicio le degolló, y apoderándose de sus tesoros, se dirigió á Burdeos para implorar el socorro del príncipe Negro, Eduardo de Inglaterra, que hacia á la sazón la guerra á Francia.

El príncipe inglés abrazó su causa (1366), y del otro lado de los Pirineos se halló de nuevo enfrente de Duguesclin, contra el cual habia ya combatido en Francia. Ambos rivales cada uno á la cabeza de cien mil hombres llegaron á las manos en las inmediaciones de Segovia; don Pedro y los ingleses llevaron la mejor parte, y el ejército castellano apeló á la fuga. Du-

guesclin, resistió solo, apoyado contra el lienzo de, un muro derribó á don Pedro y se dirigió hácia Eduardo: *A lo ménos, dijo, no habré rendido mi espada sino al más valeroso de la tierra.* Vuelto en sí don Pedro se iba arrojar á la venganza, y le hubiera dado muerte si el príncipe Negro no hubiera protegido á su noble prisionero. Pero no pudo libertar al país de las horribles venganzas de don Pedro, ni obtener la ejecucion de sus promesas, y se retiró descontento. Habiéndole dicho un día el señor de Albert, *El mundo pretende que reteneis á Duguesclin prisionero, solo por el miedo que le tenéis,* le puso en libertad Eduardo invitándole á que él mismo fijara el precio de su rescate.

Enrique que habia huido hácia Tolosa, habia penetrado con disfraz de peregrino hasta la prision de Duguesclin; ambos se ocuparon entonces en reunir soldados, y don Enrique, más prudente ó más venturoso que don Pedro, acabó por vencerle á su vez (1368). Preso el rey de Castilla en su fuga fué conducido en su presencia; pero apenas le descubrió, apoderándose de la espada de un soldado se precipitó sobre Enrique, empeñándose una horrible lucha entre los dos hermanos, y Pedro expió con su sangre toda la que habia derramado.

Enrique ascendió al trono de Leon y de Castilla por derecho de conquista, por aclamacion popular y por mérito personal; pero el sucesor legítimo hubiera sido Fernando de Portugal, como heredero de Juan, infante de Aragon, inmolado por Pedro el Cruel. Esto es lo que produjo entre los dos reinos la guerra de que hemos hablado anteriormente. Enrique, tan hábil como valeroso, empleó las riquezas dejadas por su hermano en pagar á las terribles bandas de aventureros, licenciándolos en seguida. Castigó al rey de Granada y equipó una escuadra, con la cual puso la de los portugueses en derrota. Despues de haber incorporado á su reino la Vizcaya, punto avanzado de Navarra y de Gascuña, dirigió nuevamente sus armas contra Fernando, y adelantándose hasta Lisboa, incendió la escuadra portuguesa, prendió fuego á la ciudad, y obligó á hacer la paz á su adversario, así como á poner al servicio del rey de Francia cinco naves equipadas.

Esta guerra habia agotado á Portugal, y su situacion no hacia más que empeorar de día en

dia, gracias á doña Leonor Tellez de Meneses, mujer intrigante, que indujó á Fernando á que la diera la mano de esposo. Vanamente se sublevó todo el pueblo de Lisboa á fin de estorbar este enlace; todo fué abandonado desde entonces á los manejos de la nueva reina, enemiga encarnizada de todo aquel que pudiera disputarla el mando. Arrastró á nuevas guerras á su débil esposo, deshonor de la corona, salvo su dulzura, como su padre habia sido honor de ella, salvo su crueldad.

Despues de él pertenecia el trono á la infanta doña Beatriz; pero como se la reputaba adulterina, se presentaron á disputárselo muchos pretendientes. Juan el Bastardo, hijo de Pedro el Cruel, gran maestre de la orden de Avis, acreditó más habilidad que sus demas competidores. Fiándose en el odio que la regente habia suscitado, penetra en el palacio, donde asesina á su amante, insurrecciona al pueblo de Lisboa, y hace que se le proclame protector hasta tanto que doña Beatriz haya dado á luz un hijo. Pero llega á la cabeza de un ejército Juan I de Castilla, esposo de la infanta. Es favorecido por la rivalidad de la nobleza y por la incertidumbre de un nuevo reinado; Leonor le cede la regencia; acusada posteriormente de haber querido que fuera asesinado (1385), es encerrada en un convento. Pero en breve obliga á los castellanos una epidemia á emprender la retirada; entonces el gran maestre convoca las Cortes en Coimbra, donde el sabio jurisconsulto de Regras, discípulo de Bartolo, demuestra que los derechos de Beatriz son nulos y que los mejores son los del más fuerte; proclamado rey el infante don Juan, da á su dinastía el bautismo con la victoria de Aljubarrota.

Despues de haberse apoderado del trono Juan el Bastardo por intrigas, le ocupó dignamente. Rechazó al rey de Castilla, quien continuaba la guerra tan sólo por salvar su honra. Habiendo obtenido dispensa de los votos de gran maestre, contrajo matrimonio con Filipina, hija del duque de Lancaster, de la cual tuvo cinco hijos, todos mencionados por la historia: Eduardo, sucesor suyo; Pedro, duque de Coimbra y de Montemayor; Enrique, duque de Viseo, gran maestre de los caballeros de Cristo; Juan, gran maestre de Santiago de Portugal, y Fernando

gran maestre de la orden de Avis; además Alfonso, hijo natural. A fin de hacerles ganar las espuelas de oro, dirigió una expedicion á la costa de Africa, donde se apoderó de Ceuta, guarida de piratas. Con esta conquista empiezan las expediciones marítimas de que hablaremos largamente en el próximo libro, y en que se señaló el príncipe Enrique, inmortalizando su divisa: *Voluntad de obrar bien.*

El nuevo rey hizo traducir al portugués por su canciller Juan de Regras el código de Justiniano, con las glosas de Bartolo y de Accurso, á fin de que pudiera suplir al silencio de las antiguas leyes visigodas, y el cual vino á ser código de Portugal. Estableció en Lisboa la capital del gobierno (1422), y abolió la era de España. Con una nacion inquieta como los portugueses, y sobre un trono usurpado, supo conservar la paz por espacio de cuarenta años en el país y en el seno de su familia. Por su testamento reconoció la representacion nacional como inherente al derecho público de Portugal.

Eduardo, que le sucedió (1433), prosiguió, tanto las expediciones marítimas, como la guerra de Africa. Su hermano Fernando puso sitio á Tánger. Pero asediado él mismo por el rey de Fez, quien le tuvo bloqueado entre la ciudad y su campamento, tuvo que capitular por hambre, obligándose á evacuar el Africa y hasta Ceuta. Negáronse las Cortes á ratificar el tratado, y el infante en rehenes quedó prisionero hasta el fin de su vida.

Eduardo, que era de un carácter dulce y amigo de las letras, murió en una epidemia, dejando un hijo de edad de siete años, que fué Alfonso V (1438). Produjeron una guerra civil los disturbios que se suscitaron con motivo de la regencia. En virtud de exhortacion del papa Calixto III, dispuso una expedicion contra los infieles. Habiendo desembarcado en Ceuta, tomó á Arzil (*Julia Constantia*) y á Tánger; pero la ambicion le impidió proseguir sus triunfos para alcanzar el trono de Castilla, como esposo de Juana, que debia heredarlos. Desbaratada su tentativa, y despues de haber sido engañado por Luis XI con vanas palabras, creyó que ya no podia reinar dignamente, y adoptó la resolucion de abdicar en favor de su hijo (1477); luego se puso en camino para Jerusalem, pero corrieron en su alcance y le persuadieron á que

retornara por no querer su hijo aceptar su abdicación á ningun precio. Entonces se vió obligado á volver á empuñar las riendas del gobierno, y terminó la guerra con Castilla, cediéndosela á la infanta Isabel; por último, abdicó de nuevo y murió de peste, despues de haber preparado durante su reinado de cuarenta y tres años los brillantes triunfos de Juan II y de Manuel.

En Castilla Enrique II de Trastamara habia dirigido muchas veces sus armas contra la Guyena inglesa y contra la Navarra; pero si Pedro el Cruel habia aspirado á fortificarse contra la aristocracia, apoyándose en los oprimidos, en el pueblo, en los judíos y en los musulmanes. Enrique, cómplice de los grandes, no quiso negarles cosa alguna; de consiguiente, recuperaron su arrogancia y retardaron la expulsión de los moros. Sin contar su desgraciada expedición de Portugal (1379), tuvo Juan I, su hijo, continuas disensiones con el duque de Lancaster, soberano de la Guyena; sin embargo, acabó por afianzar á su familia la corona de Castilla y de Leon, y se decretó que el heredero presunto del trono llevaria á perpetuidad el título de príncipe de Asturias.

El primero que lo llevó fué Enrique III, quien ascendido al trono, se ocupó en consolidar la obra de sus antecesores. Cierta dia no encontró nada que comer á su vuelta de caza, y su mayordomo le declaró que no tenia en caja ningun dinero, ni crédito, ni cosa que pudiera empeñarse. Le da su capa y se dirige á palacio, donde rivalizando en magnificencia, celebraban un banquete los condes de Trastamara, de Villena, el duque de Medinaceli, los Velazquez, los Guzmanes y el arzobispo de Toledo.

Óyeles hacer alarde de sus riquezas y de las pensiones que disfrutaban por el Tesoro; pero les envia á llamar al dia siguiente, y aparece en medio de ellos armado y empuñando su acero. Levántanse todos y él toma asiento; despues les interroga alternativamente acerca de cuántos reyes han conocido. Uno contesta que dos, otro que tres: *Y yo, añade el rey entonces, he conocido veinte reyes en Castilla. Si, vosotros sois otros tantos reyes, por desgracia del país y en afrenta mia; pero desde este instante habeis concluido de reinar y de burlaros del ver-*

dadero rey. Y llama á los verdugos, que llegan fuertemente escoltados.

Espantados los grandes se postran de hinos y derraman lágrimas prodigando promesas, por lo cual el rey les perdona. Pero habiendo convocado las Córtes en Madrid, les dijo: *Se halla exhausto el Tesoro, no hay más que dos maneras de llenarlo; ó imponer nuevas contribuciones, ó revocar las donaciones hechas por mis tutores.* Aplaudió la asamblea; quedan anuladas las donaciones; el salario militar se disminuye y son castigados los señores que quieren oponer resistencia á estas reformas. Tiemblan los granadinos y le prestan homenaje; por último, Tamerlan solicita su alianza. Ciertamente Enrique hubiera dirigido sus armas contra los infieles para exterminarlos, si no le hubiera atajado una enfermedad en sus designios. Consuyó un palacio en Madrid que fué residencia de sus sucesores.

Trastornado fué el reino durante la minoría de D. Juan II (1433), mientras que su tio Fernando, no ménos valiente que generoso, extendia sus conquistas sobre los moros. Juan II sucedió á Carlos III, su suegro, como rey de Navarra, y empezó contra los soberanos de Granada la guerra que no terminó hasta su destrucción completa. Pero su madre en un principio, despues su valido D. Alvaro de Luna, y por último, su segunda esposa Isabel de Portugal, le impulsaron á actos de debilidad y de crueldad. Llegaron á alterar su razon remordimientos tardios. El resto de su reinado se pasó en querellas y en hostilidades incesantes con los señores, que hasta llegaron á cogerle prisionero. Rebelóse á su vez el pueblo, que dió muerte á los judíos, y exigió la deposición de D. Alvaro de Luna, á quien D. Juan abandonó al furor de sus enemigos. De su primera esposa habia tenido á Enrique IV, el cual le sucedió en el trono; de la otra á D. Alfonso y á la célebre doña Isabel, protectora de Cristóbal Colon.

Enrique IV, príncipe débil y disoluto, se dejó llevar por intrigas y fué generalmente menospreciado. Su libertinaje le habia enervado hasta el punto que doña Juana de Portugal, su esposa, solicitó la anulacion de su matrimonio por causa de su impotencia. Sin embargo, dió á luz una hija que fué reconocida por el mo-

narca. Hizo todavía más, tomando por ministro á D. Beltran de la Cueva, reputado como padre de aquella niña. Indignados los castellanos al verle educar una hija, fruto de un adulterio, y que se proponia elevar al trono, se sublevaron en contra suya y nombró por heredero á Alfonso, su hermano, á condicion de que se casaria con la jóven infanta, llamada Juana. Esto no impió la guerra; formaron los insurgentes proceso al rey bajo la figura de un maniquí ó pe-lele, y fué depuesto con ignominiosas ceremonias sin que pudiera tomar venganza con las armas de tamaña afrenta.

Habiendo muerto Alfonso, Isabel, último vástago de la raza de Pelayo, fué proclamada heredera del trono, y por tal la reconoció Enrique. Entonces fué cuando conociendo la conveniencia de reunir las dos monarquías, Isabel fué prometida en matrimonio al rey de Aragon, bajo condiciones destinadas á afianzar su seguridad y su honor á los castellanos. Enrique IV, sin cuyo conocimiento se habia hecho este acomodo trató de impedir que se llevara á cabo, é hizo alternativamente la paz ó la guerra, segun el capricho de sus ministros; hasta el instante que que exhaló el último aliento. Por su testamento, en el cual volvió á declarar á Juana por su hija y por su heredera, legó á su país una guerra con Alfonso de Portugal, prometido esposo de esta princesa; pero vencido, como ya hemos indicado, renunció á este matrimonio, así como á toda clase de pretensiones. Juana tomó el velo y Fernando é Isabel fueron proclamados reyes.

Jaime II de Aragon, que habia renunciado á la Sicilia (1291), para suceder á su hermano Alfonso III, conquistó á los pisanos la Cerdeña, y reunió á su corona Valencia, Cataluña y Mallorca (1319). Adquiriendo el sobrenombre de Justo, supo juntar la prosperidad interior al lustre con que rodeó su reinado.

A beneficio de su equidad pudo mantener la paz Alfonso IV (1327). Pedro IV, denominado el Ceremonioso, reunió de derecho las islas Baleares al reino. Quitó á los señores el derecho de empuñar las armas en contra del rey enviando al suplicio á todos aquellos que pretendian contravenir á este decreto haciendo uso de ellas. En virtud de demanda suya fué convertido el servicio feudal en una contribucion cuyo pro-

ducto sirvió para asalarar á tropas que no dependian más que del jefe del Estado; pero no logró disminuir el poder ianenso del Justicia.

Sibila, su quinta esposa, se vió fuertemente acusada de haber acelerado el fin de la vida de su marido (1367), poniendo en juego toda clase de sortilegios; y esta acusacion dió márgen á que fueran condenadas á muerte gran número de personas, y costó además á la reina viuda todas las riquezas de que era poseedora. Yolanda de Bar, mujer del debilísimo y voluptuoso D. Jaime I, introdujo en Barcelona, con la influyente y eficaz ayuda del marqués de Villena, la gaya ciencia, es decir, una academia poética semejante y muy análoga á las que ya de mucho antes existian en Provenza.

Tuvo Jaime por sucesor á su hermano Martin, quien habiendo muerto como él sin posteridad (1395) terminó la línea recta de Barcelona. Entre los pretendientes á la corona, Fernando el Justo, infante de Castilla, nacido de Leonor, hija de Pedro IV de Aragon, fué preferido por los jueces nombrados al efecto.

Fernando el Justo tuvo por sucesor en Aragon y en Sicilia (1416) á Alfonso V el Magnánimo. En otro lugar narraremos sus empresas, y el modo con que cayó en manos del duque de Milan, quien no contento con restituírle la libertad sin rescate, le ayudó á conquistar las dos Sicilias. Su amabilidad le hizo no ménos bien quisto á los ojos del pueblo que de los grandes. Como no tenia hijos legítimos, dejó el reino de las Dos Sicilias á su hijo natural Fernando, y á su hermano Juan II, ya rey de Navarra, sus demas estados. Hemos referido las guerras de Juan II con Castilla y las desavenencias con su hijo Carlos, á quien negaba la cesión de la Navarra. Los catalanes, en cuyo territorio mandó que se le cogiera preso, pretendieron que le restituyera la libertad sin excusa; luego le acusaron de haberle envenado y se insurreccionaron en contra suya, proclamando sucesivamente á varios reyes. Al fin acabaron por someterse. Cerdeña y el Rosellon, dados por este príncipe en prenda á Luis XI, para obtener socorros, se convirtieron en una manzana de discordia entre los dos monarcas hasta el intante en que el rey de Francia se apoderó de Perpiñan y se hizo dueño del Rosellon.

Leonor sucedió á Juan II en Navarra, y en